

PREFACIO

Es invierno, una fría mañana de diciembre de 1889, poco antes de las ocho. Una mujer enjuta, de nariz afilada, labios finos y modales desabridos, lleva a un niño de su mano camino del colegio. El niño responde lacónico a sus consejos y admoniciones, en una u otra lengua según le llame Franz o František. La mujer ha pronunciado ahora su nombre en alemán para recordarle, una vez más, que ha de mantener limpio y ordenado el pupitre y aseada su indumentaria. Es Františka Nedvěďová, la cocinera checa que, en casa de los Kafka, prepara el *gugelhupf* y los *matzá loks* que a él tanto le gustan. La misma que se encarga también de amasar el pan ácimo de la Pascua que, en cambio, detesta y solo come por obligación.

Tiritando de frío, Frantík deja atrás la arcada que rodea su casa. Desea abrazarse a las columnas que van encontrando al paso, refugiarse en los portales, en los umbrales de las tiendas. Tiene la débil esperanza de que una de aquellas mañanas la mujer se apiade de él y le deje ir en paz. Igual que todos los días desde hace tres meses, cruzan en diagonal la gran plaza, hoy cubierta por la nieve. Caminan con cautela, para no resbalar, por la Kleine Stupartsgasse. Después se adentran en la Teingasse. Enseguida se detienen frente a la escuela, un edificio de cuatro plantas, de sobriedad neoclásica, rematado por dos chimeneas y un alero de canecillos diminutos como los dientes de un roedor. Es un recorrido corto, pero a él se le hace eterno y doloroso. También hoy –mientras la sonería de la Jakobskirche anuncia la hora fatídica y se oye, insistente, la campana de la escuela–, Františka se despide con una caricia seca y lo aleja con un leve impulso de su mano.

Praga ha amanecido fresca y despejada. Ahora son las tres de la tarde de un 22 de septiembre de 1912. El resplandor del cielo azul, sin una nube, con-

vierte los adoquines del Altstädter Ring en un manto blanquecino, casi refulgente, como si una nieve intemporal los hubiese cubierto para siempre. El joven Franz regresa a casa de sus padres después de una monótona jornada de trabajo en el Instituto de Seguros. Deja atrás la Pulverturm, enfila la Zeltnergasse, cruza la plaza, pasa de largo ante la Ooppelthaus –absorto, sin sospechar que pronto vivirá allí– y se desvía a la derecha, hacia el río. Piensa en Felice, la muchacha desgarbada que ha conocido hace solo unas semanas en casa de su mejor amigo. Trata de imaginar cómo sería un paseo junto a ella por el Belvedere, cuya frondosidad se recorta sobre el cielo luminoso, al final de la Niklasstrasse, al otro lado del puente de los suicidas.

Esa misma noche tiene una experiencia inusitada y febril: después de una larga temporada alejado de la literatura, escribe sin interrupción, durante ocho horas, las escasas veintidós páginas de un relato estremecedor que se titulará *La condena*. Está sentado ante la mesa de trabajo, en su habitación con vistas al río, casi a oscuras, iluminado apenas por una débil bombilla, ajeno por fin a su tedioso trabajo de oficina, a las obligaciones asfixiantes de la fábrica familiar a la que debería haber dedicado, como un buen hijo, las últimas tardes. Se le adormecen las piernas después de tanto tiempo sentado, casi inmóvil, inclinado sobre el escritorio. Ha olvidado sus veleidades de suicidio y la pluma corre veloz sobre el papel, siente que cabalga sin espuelas ni riendas sobre un tupido brezal. De pronto, amanece. Abajo, en la calle, en la garita que hay junto al puente, se produce el cambio de turno. Con el cuerpo aún entumecido, anota en su diario: «Yo, solo yo soy el espectador del patio de butacas». Sus hermanas le miran con asombro mientras él, durante el desayuno, comienza a leerles en voz alta, a trompicones, la historia de un tal Bendemann. Hoy no acudirá a la oficina, se tenderá sobre la cama a disfrutar del éxtasis y del cansancio, sin remordimientos.

Con la misma lasitud esperará, la madrugada del 13 de junio de 1914, en su habitación del Askanischer Hof, en Berlín, a que amanezca. Solo le queda la huida. Unas horas antes, Felice Bauer ha irrumpido allí acompañada por Grete, su amiga y testigo de cargo. Le ha mostrado las cartas donde dice cosas terribles de ella. En el patio se oye, mezclada con el ruidoso barullo del hotel, su voz altisonante, derribándolo con sus reproches y sus desgarradoras acusaciones. Nada puede salvarlo, y no le importa. Su compromiso se ha derrumbado de pronto, no es posible continuar con la farsa, el tribunal ha dictado su sentencia. Si se casan, él será su perdición, lo admite. Un hombre como él, hurraño y esquivo, que solo vive en la literatura, sin amigos, no puede hacerla feliz. ¿Para qué defender lo indefendible?

No han pasado más que tres años. Es otra madrugada, ahora del mes de agosto de 1917. En la soledad de su apartamento del palacio Schönborn, apoyado en el quicio de la puerta del dormitorio, está intentando contener otro

esputo de sangre que le brota de la garganta. Igual que unos días antes en la escuela de natación, su saliva se ha convertido en un líquido espeso, caliente y dulce. Va de la ventana al baño y del baño a la ventana, incrédulo y desconcertado. Se acuesta y se levanta repetidas veces, busca en el espejo alguna señal que le induzca al sosiego. Cuando por fin cesa la hemorragia, se recuesta a dormir. No le importaría morir ahora, sereno y sumiso, dócil al sopor que le invade por fin al cabo de tantos días de insomnio.

Cuando en 1920 se lo cuente a Milena Jesenská, su traductora al checo, ella sospechará lo peor: Franz morirá pronto. Se han visto fugazmente en un café de Praga, y durante meses se escribirán a espaldas de su marido. Franz se muestra deseoso de ser su alumno, someterse a sus riñas, compartir su enfermedad y redimirse con la desdicha de ella, atrapada en el infierno de su matrimonio. Hasta que las cartas se acaben, porque al escribirlas su insomnio se hace más cruel y una tras otra lo ahondan con su embrujo maligno.

Verano de 1923. Una playa del Báltico, la arena bajo sus pies descalzos, diez años después de ver el mar por última vez. Está sentado en un sillón de mimbre frente a las olas mientras traza, con una piña de abeto, las iniciales de su nombre en la orilla. A su alrededor, el bullicio de los bañistas, las muchachas que corren, se empujan, ríen; sus sobrinos, las pequeñas criaturas de su hermana, chapotean alegres bajo el suave sol del norte. Todo parece cobrar sentido esa noche, víspera del Sabbat, cuando una joven llamada Dora le acompaña durante la cena ceremonial que todos los viernes se celebra en la Haus Hutten. Le ha parecido verla días antes en la playa, a lo lejos, como una figura más, recortada contra el azul del mar. Ahora, a su lado, ella le confía los pormenores de su trabajo como cocinera en la colonia de niños judíos, mientras él la mira con la atención rendida de un discípulo que espera oír palabras definitivas, reveladoras, acerca de la salazón del pescado o las cualidades del enebro. No saben, mientras conversan, que la bruma otoñal de Berlín les envolverá pronto y que, extranjeros e indigentes, compartirán penurias en un pequeño apartamento del barrio de Steglitz, junto al bosque de Grunewald. Hasta que la enfermedad acabe con toda posibilidad de futuro.

El tiempo ha transcurrido veloz e implacable. Todo ha sucedido en apenas cuatro décadas. En las afueras de la ciudad, un cielo gris cubre la arboleda del cementerio judío donde una pequeña comitiva va a rendirle el último homenaje. En cabeza, su mejor amigo, Max, de cuyo brazo camina la desconsolada mujer a la que casi nadie conoce. Un centenar de personas, familiares, amigos y curiosos, rodean ahora el féretro del escritor. A los pies de la fosa se pronuncian los resposos de rigor, y enseguida el cuerpo desciende hasta lo más hondo. En la solemnidad del momento solo se oye el gemido lastimero de Dora. Los más próximos la miran atónitos. Algunos desearían conmovirse con su desamparo, pero solo pueden prestar atención a los dos ancianos que

la acompañan, inmóviles y derrotados. El cementerio se vacía pronto. Luego viene el silencio. Han sido solo cuatro décadas, un instante, el tiempo imprescindible para salir del arca oscura, ver que no hay ningún lugar donde posarse y regresar, igual que la paloma bíblica, al interior negro y seguro.

Hay una fotografía del sanatorio del Dr. Kauffman, en Kierling, que ilustra a menudo el relato de los últimos días de Kafka. A los pies de un sobrio edificio de tres plantas, junto a una escueta valla de la que parecen emerger unos cuantos árboles frágiles, sin ramaje, tres personas –una mujer adulta, acompañada por dos niños que quizá sean sus hijos– posan conscientes de que les fotografían. En la planta baja, en uno de los ventanales, el situado más a la derecha, se difumina otra figura que apenas hace el ademán de asomarse. Las cinco ventanas de la planta superior están abiertas, como si en aquel momento alguien ventilara las dependencias. Una fotografía similar podría haberse tomado la tarde del martes 3 de junio de 1924, cuando la habitación del escritor aún olía a pantopón y éter y en la parte trasera de la clínica se oreaban las sábanas de su lecho de muerte, recién lavadas. Pero ni aquella tarde, ni los días ni las semanas ni meses siguientes, hubo nadie que se fijara especialmente en el edificio. Nadie, más allá del recinto del sanatorio, ni en Kierling ni en todo Klosterneuburg, sabía quién era aquel individuo de aspecto famélico y demacrado que acababa de morir allí, el enfermo que –alimentándose a duras penas mediante una cánula, con la laringe en carne viva– había sido capaz de corregir, con ilusión melancólica, las últimas galeradas de un libro titulado *Un artista del hambre*.

1. LOS CONTORNOS DEL MUNDO (1883-1906)

Lo que el futuro tiene de ventaja en extensión, el pasado lo compensa con su peso y al final ya no cabe distinguirlos entre sí; la primera infancia se vuelve clara como el futuro y el final del futuro ya lo hemos experimentado en realidad con todos nuestros sollozos y es pasado. Así casi se cierra ese círculo por cuyo borde caminamos. Sí, ese círculo nos pertenece, pero nos pertenece solo mientras lo retenemos, basta con que en cualquier momento de ausencia, en una distracción, un susto, un asombro, un cansancio, nos apartemos a un lado para que ya lo hayamos perdido en el espacio, hasta ese momento teníamos la nariz hundida en la corriente de los tiempos, pero ahora nos echamos atrás, antes nadadores, ahora paseantes, y estamos perdidos.

Franz Kafka, *Diarios*, 1910

Franz Kafka no fue un gran viajero –no, al menos, un viajero vocacional–, pero alimentó siempre la esperanza de una vida lejos de Praga. Había dos hombres en él –le dijo una vez a su amante Milena Jesenská, buscando una excusa para no encontrarse con ella frente a frente–: el que quería viajar y el que tenía miedo de viajar, ambos partes de sí mismo, *probablemente infames los dos*, luchando en su interior. Aspiraba a escapar algún día de su ciudad natal –de sus garras, de su opresión–, pero posponía la huida definitiva una y otra vez, como posponía cualquier compromiso que conllevara entrega, porque la entrega para él equivalía a la incertidumbre. Pese a todo, llegó a conocer bien Bohemia –territorio al que se circunscribieron sus viajes de índole profesio-

nal– y se aventuró incluso en las lejanas costas y playas del Báltico: una excursión juvenil le llevó a Helgoland en compañía de un tío suyo, descansó durante unos días en la isla danesa de Falster con Ernst Weiss y su novia en julio de 1914 y disfrutó de una corta estancia, al final de su vida, en Müritz, junto a la que fue después su última amante, Dora Diamant. Estuvo de vacaciones en París–dos veces, de manera fugaz–, acompañado por su amigo Max Brod; se hospedó en numerosos sanatorios de reposo, de los que acabó siempre por salir decepcionado; recorrió varias ciudades de Alemania e Italia –Weimar, Múnich, Leipzig, Venecia, Milán...– en busca del rastro de la literatura y el arte clásicos, pero rehuyó siempre la aborrecida Viena, que apenas visitó dos veces y aun de manera circunstancial. Solo al final de sus días pudo hacer realidad el deseo de vivir en Berlín, la ciudad fetiche, donde había sufrido su más doloroso derrumbamiento sentimental y en donde, a pesar de ello, se instaló con la esperanza de la redención, un año antes de morir.

Fueron las historias coloniales para adolescentes de la colección de libritos verdes Schaffstein y los diarios de viaje de Flaubert, Goethe o Hebbel, los que nutrieron literariamente sus anhelos de evasión durante años. La escritura hizo el resto. No hubo aventuras de ultramar, ni conoció Nueva York –escenario de una de sus novelas– más que por las guías de viaje, porque la mayor parte de su vida se desarrolló en torno a la plaza central de su ciudad, el Altstädter Ring, en el interior de un laberinto surcado por las aguas de un río que cruzó a pie cientos de veces en busca de una salida, por las mismas calles empinadas que, en *El proceso*, recorre Josef K. camino de su ejecución.

En 1883, el año de su nacimiento, Praga era considerada la tercera ciudad más importante del Imperio austrohúngaro –por entonces, sexta potencia mundial, con una superficie cercana a los setecientos mil kilómetros cuadrados y más de cincuenta millones de habitantes–, tanto en población como en influencia cultural y económica, en competencia con Viena y Budapest. Desarrollada en dos núcleos separados por la curva amplia y vigorosa del Moldava, la ciudad se conformó inicialmente como la escisión de una célula en torno a un vaso irrigador común: la Praga nacida extramuros del castillo (Hradčany), en la margen izquierda del río, y la llamada Ciudad Vieja (Staré Mesto o Altstadt), extendida en la margen derecha, limitada hacia el suroeste por una muralla de cuya existencia tan solo quedaba, en la época de Kafka, la traza insinuada por el recorrido del Graben y la Ferdinandstrasse (hoy Na Příkopě y Národní).

La plaza de la Ciudad Vieja, Staroměstské náměstí o Altstädter Ring, era el resultado del encuentro de dos caminos: el oriental, que partía del castillo de Praga y su suburbio, cruzaba el Moldava y se adentraba hacia la Bohemia del oeste, y el camino que, de norte a sur, conducía a Vyšehrad. En aquel punto se asentó un mercado que, gracias a su estratégica ubicación, sustituyó hacia el siglo x al primitivo, nacido bajo la influencia protectora del castillo. Alrededor

de esta plaza se organizaron pronto los barrios gremiales y se establecieron las comunidades judías. Cuando la Ciudad Vieja desbordó las primeras murallas, Wenceslao I decidió trazar un nuevo viario a partir de la iglesia de San Galo, de la que tomó su nombre el barrio recién creado. Era la primera Ciudad Nueva (Nové Město o Neustadt). Años después, en 1257, Otakar II hizo lo propio en la margen izquierda, creando lo que se conoce como Barrio Pequeño (Malá Strana o Kleinseite). Bajo el reinado de Carlos IV la ciudad se convirtió en capital imperial, centro de referencia del cristianismo occidental y amalgama cultural de primer orden gracias a la creación de una universidad. Su necesaria ampliación se formalizó en un documento fundacional de marzo de 1348, por el que nacía otra Ciudad Nueva, rodeada por un segundo cinturón amurallado y regulada por un estricto conjunto de normas urbanísticas. Su ámbito se extendía hacia el sur, más allá de Vyšehrad, y sus murallas góticas llegaban a unirse con las de su castillo.

Praga (la llamada *de las tres culturas*: checa, alemana y judía) era, a comienzos del siglo xx, una ciudad en permanente efervescencia. En la superficie, el tráfico cotidiano del comercio, el incesante trasiego de un cruce de caminos en el centro de una Bohemia esencialmente checa y eslava. Por debajo, la contradicción y las tensiones de un enclave multicultural cuyos dos castillos están simbólicamente ubicados a ambos lados del río que divide la ciudad: el primero (el llamado castillo de Praga, en el distrito de Hradčany, al noroeste de la ciudad) representaba la tradición latina y romana; el segundo (el de Vyšehrad, al suroeste), la vieja tradición eslava. Entre ambos, la ciudad se organizaba alrededor de la iglesia de Týn y el Altstädter Ring.

De la visceralidad en la confrontación entre concepciones históricas, religiosas y políticas diversas en el seno de Praga puede dar una idea el hecho de que en 1918, solo tres años después de la inauguración en el Altstädter Ring del monumento en homenaje al protestante Jan Hus, fuese derribada a pocos metros de distancia la columna barroca de María Inmaculada, erigida en 1650 en conmemoración de la liberación de la ciudad en la Guerra de los Treinta Años. La columna, de casi quince metros de altura, que había sobrevivido a la Primera Guerra Mundial, sucumbió sin embargo en pocas horas a las manifestaciones de odio hacia los Habsburgo que movilizaron a gran parte de los ciudadanos de la nueva república checoslovaca (Frynta, 31). Lo que para unos aparentaba ser un ataque en toda regla a una confesión religiosa, para otros se reducía sin embargo a un elemental desahogo político: en realidad, habituadas a su presencia durante los últimos tres siglos, las hordas habían derrocado la imagen como si se tratase de un símbolo paradigmático del poder de la monarquía.

En 1900 convivían en Praga algo más de cuatrocientos mil checos, veinticinco mil judíos y diez mil germanos no judíos –que, de extracción esen-

cialmente burguesa, ocupaban sobre todo el corazón de la ciudad, el Altstadt (Wagenbach, 1969: 77)–. La vida social de los intelectuales, centrada en los cafés y los teatros, reflejaba el pulso de un Imperio de etnias, religiones y culturas en permanente tensión. En el Café Continental, uno de los bastiones de la lengua alemana en Praga, se reunían los representantes más reconocidos de su literatura. Los escritores jóvenes, en cambio, preferían el Café Central, donde alemanes y checos compartían tertulias en las que los debates solían alcanzar altas cotas de radicalidad en la discrepancia intelectual y política. El Café Geiringer se había convertido en uno de los principales lugares de confluencia de estudiantes sionistas, mientras los jóvenes checos nacionalistas se reunían sobre todo en el U Brejšků. Con el tiempo, el Café Central dejó paso a un nuevo establecimiento, el Café Arco de la Hibernergasse. Max Brod, que solía acudir a él en compañía de Kafka, lo describió como un café de alta cultura, con su propia pequeña biblioteca de obras licenciosas, impresas en privado (como un muy completo Aretino), que hacían las delicias de los *arconautas* Rudolf Fuchs, Otto Pick, Ernst Pollak o Franz Werfel. Leopold B. Kreitner (un periodista más joven que Kafka, pero que cursó parte de sus estudios en el mismo Gymnasium), recordaba que «bastantes veces los amigos, por entonces aún solteros, después de regalarse con las piezas de la bien surtida colección de libros pornográficos del *maître*, se iban al local de madame Goldschmidt en la Gemsengasse, donde antes de la Primera Guerra Mundial había baile, el mejor café y un surtido de damas ligeras de ropa, con una tarifa fija de diez coronas austro-húngaras a cambio de un servicio profesional» (Koch, 2009: 61). Algunos intelectuales con vocación académica frecuentaron también el Café Louvre, en la Ferdinandstrasse. Allí, un círculo de filósofos se reunía una noche cada dos semanas para charlar sobre las teorías de Franz Brentano. Entre ellos, Max Brod y Franz Kafka.

En el orden supranacional, la convivencia no era menos intrincada que en Praga o en Bohemia. La conocida como Gran Austria (Gross-Österreich) había quedado dividida en dos en 1867 a consecuencia de un tratado de compromiso, el *Ausgleich*, gracias al que nacían dos estados: Austria (que hasta 1915 sería llamada *Cisleithania*) y Hungría (o *Transleithania*, con una superficie dos veces mayor que la de la Hungría actual). Dos parlamentos, en Viena y Budapest, regularon a partir de entonces la vida política de manera autónoma. En Viena, el Reichsrat gobernaba una extensa amalgama de territorios divididos en diecisiete Landtage o dietas con diferentes estatus (reino, condado, archiducado o ducado). La monarquía austríaca presentaba, por tanto, dos caras: la Imperial (Austria) y la Real (Hungría). Estos dos Estados –que sumaban por entonces casi cincuenta millones de habitantes de un total de cincuenta y dos en todo el Imperio– tenían en común un ejército, un sistema de aranceles y aduanas y, sobre todo, una política exterior unificada. Perió-

dicamente se celebraban reuniones conjuntas de los ministros imperiales y reales, pero Hungría, con una población de dieciocho millones de habitantes (más de la mitad magiars, y el resto rumanos, eslovacos, croatas y alemanes), era claramente independiente en su política nacional, y albergaba además una Croacia autónoma que tenía su propio parlamento.

Precisamente, una de las tareas más delicadas y complejas para el emperador Francisco José después del Ausgleich fue pactar un nombre único para ese ejército común, que en realidad estaba constituido por dos facciones: el *Landwehr* austríaco (con reclutamiento exclusivo en tierras de *Cisleithania*) y el *Honvédség* húngaro (con reclutamiento en *Transleithania*). Estas tropas pasaron a denominarse, en alemán, *kaiserlich königlich* (imperial real, k. k.) y *königlich ungarisch* (real húngaro, k. u.) respectivamente. La coincidencia del término *real* (*königlich*), presente en ambas, fue lo que llevó a la inclusión de la conjunción *und* en 1889, cuando, después de enconadas discusiones, se acordó adoptar como denominación compartida la de «imperial y real» (*kaiserlich und königlich*, k.u.k.). De este modo, la escueta conjunción *und* jugaba un papel esencial, de trascendencia política tal que el acrónimo *kk*, rechazado por los húngaros, debía ser utilizado con suma precaución, pues pasó a significar exclusivamente *austríaco*. Este matiz, en apariencia insignificante y nimio, muestra el inestable equilibrio en que se mantenía el Imperio, amenazado continuamente por disensiones y reivindicaciones étnicas muy difíciles de satisfacer.

Robert Musil, que a partir del acrónimo *k.k.* inventará el nombre de Kakania para *El hombre sin atributos*, refleja en su novela con cierto sarcasmo lo escurridizo del concepto de nacionalidad austrohúngara:

Estaba de tal manera formado que es casi inútil intentar explicarlo a quien no lo haya adquirido por propia experiencia. No estaba constituido por una parte austríaca y otra húngara que, como se podía creer, se complementaban entre sí y formaban un todo, sino que lo componían un todo y una parte, o sea, el concepto del Estado húngaro y el otro concepto del Estado austrohúngaro; este último tenía su morada en Austria, mientras el concepto de nacionalidad austríaca carecía de patria. El austríaco existía solo en Hungría, y allí, bajo la forma de aversión; en casa se llamaba a sí mismo súbdito de los reinos y países de la monarquía austrohúngara representados en la Cámara, lo cual significaba tanto como declararse austríaco-más-un-húngaro-menos-este-húngaro, y no lo haría por entusiasmo, sino por amor a una idea que le repugnaba, pues no podía soportar a los húngaros como tampoco los húngaros a él; así es que el asunto se complicaba más todavía. Muchos se llamaban por eso polacos, checos, eslovenos o alemanes a secas, lo cual producía ulteriores divisiones (Musil, 1969, I: 207-208).

FAMILIANTENGESETZE

La Austria surgida del Ausgleich tenía una población de aproximadamente veintiocho millones de habitantes a comienzos del siglo xx, lo que suponía más de la mitad de todo el Imperio austrohúngaro. De ellos, diez millones eran alemanes; el resto, polacos (casi cinco millones en Galitzia), checos (seis millones y medio en Bohemia), rutenos o ucranianos (más de tres millones en Galitzia), eslovenos (algo más de un millón en Estiria, Carintia e Istria), italianos (setecientos mil en Trentino e Istria), y serbios y croatas (otros setecientos mil, en la costa del Adriático) (Renouvin, 86). La lucha de las minorías con la administración de raigambre alemana se centró durante años en gran medida en la defensa de la identidad lingüística y sus derechos consiguientes – los símbolos más evidentes de las reivindicaciones nacionales –, y recayó sobre todo en el ámbito de las enseñanzas regladas. El ejército y una máquina burocrática que trataba de dar cohesión al Imperio, controlando especialmente la educación y la política migratoria, fueron dos instrumentos fundamentales para lograr que la disgregación total se demorase hasta la segunda década del siglo xx.

Mientras tanto, en el período comprendido entre 1880 y 1910, un flujo constante de migraciones fue transformando la configuración demográfica de los territorios de la corona. A partir de la aprobación de la Constitución austríaca de 1867 –que en su artículo iv consagraba la libertad de movimientos de los súbditos–, la industrialización progresiva y una implantación de medios de transporte más ágiles y cada vez más asequibles, como el ferrocarril, hicieron inevitable el movimiento masivo de las poblaciones dentro de la monarquía. Factores económicos, sociales y políticos empujaron a grupos de similares condiciones étnicas, religiosas o culturales, a desplazarse entre territorios en busca de la estabilidad y el progreso. La modernización económica, la transformación de una sociedad agraria en industrial, con la mecanización de los modos de producción, obligaron a artesanos y campesinos a optar por nuevos modos de subsistencia. Por otra parte, el rápido crecimiento demográfico, consecuencia de las mejoras en las condiciones sanitarias y de salubridad, los avances médicos, las tasas de natalidad altas y una mayor esperanza de vida, hicieron inevitable la urbanización y parcelación de la tierra. El campesinado se veía forzado a una retirada progresiva, lo que en muchos casos conllevaba el traslado de las familias de zonas rurales a zonas urbanas. El fraccionamiento y dispersión de la propiedad de la tierra como consecuencia de la herencia familiar, por otro lado, hacía inviable la explotación de las fincas a causa de su tamaño cada vez más reducido. Todo se confabulaba para que la población menos favorecida tomase el camino de la migración.

El poder político, que hasta 1867 había controlado con mano férrea este fenómeno, se vio obligado a aflojar el yugo pronto. El Imperio siempre había